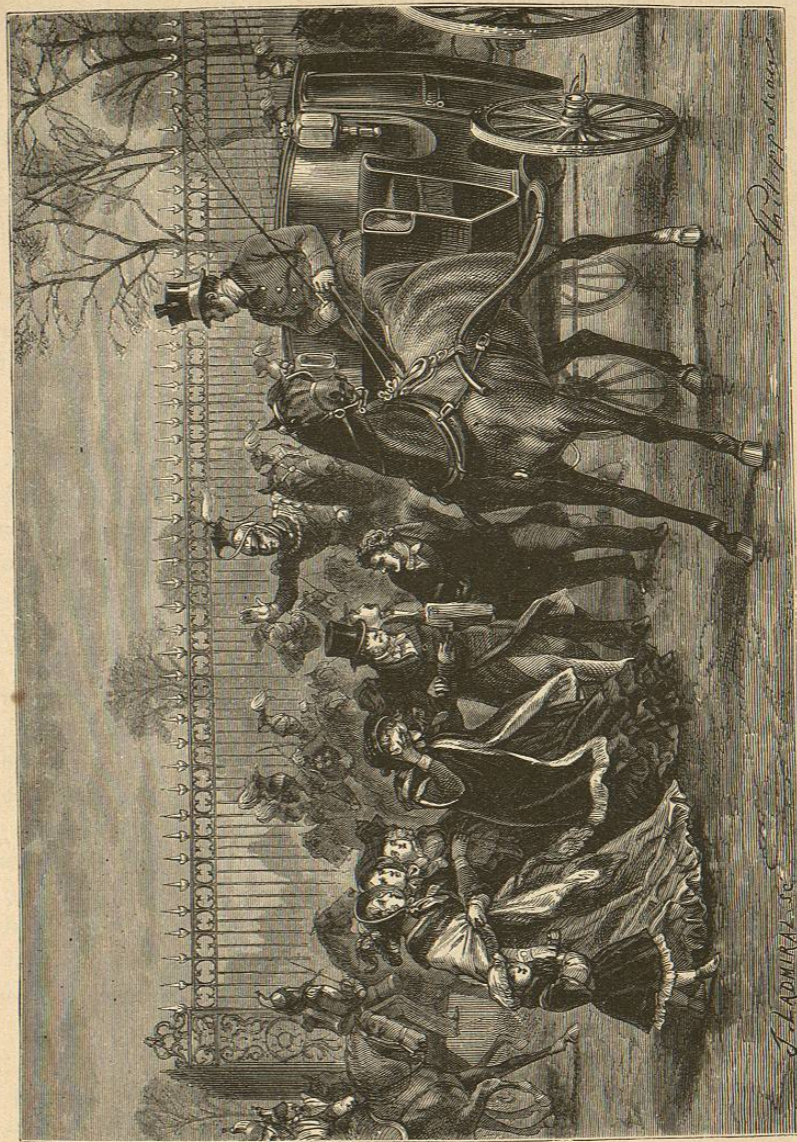


peño del servicio. A los cuerpos de tropa estacionados en diferentes puntos extremos se envió la orden de aproximarse á las Tullerías y de mantenerse á la defensiva hasta haber recibido las municiones pedidas á Vincennes. Estas operaciones de aproximación fueron ejecutadas tan torpemente por el general Bédau, encargado de dirigir las, que más parecían una huída que otra cosa, quedando los puestos abandonados en poder de la multitud, que inmediatamente se abalanzó detrás de la tropa y ocupó de esta manera también el palacio del ayuntamiento. A las nueve de la mañana salieron del palacio MM. Odilón Barrot y Horacio Vernet dirigiéndose á un lado, y Lamoricière á otro, para participar al pueblo sublevado las concesiones del rey y apaciguar así los ánimos; pero á medida que los primeros se aproximaban á los arrabales, las calles ofrecían más desconsolador aspecto. En lugar de los guardias nacionales que allí se habían visto en gran número el día anterior, sólo vieron hombres de blusa, y en lugar de la bandera tricolor, la roja. La proclama de los mensajeros no produjo ningún efecto en punto alguno, y pronto fué sustituida por otra que salió de las prensas de *La Reforme* y que decía: «¡Luis Felipe nos hace degollar como hizo Carlos X; que se vaya, pues, por donde se fué éste!» Los dos mensajeros de la paz regresaron sin haber logrado nada. Lamoricière sólo había llegado hasta el palacio real, único punto donde en esta revolución hubo verdadera lucha por no querer rendirse un puñado de guardias municipales y un centenar de individuos del regimiento de línea número 14, que defendían el Chateau d'Eau contra los sublevados, acaudillados por la Sociedad de los Derechos del Hombre. El general al llegar allí quiso hacer la paz, pero una bala le mató el caballo y él mismo recibió un bayonetazo en el brazo.

Al llegar estas noticias á las Tullerías las comunicó M. Thiers al rey diciendo: «La marea sube y de aquí á dos horas acaso se nos habrá tragado á todos;» y le propuso que se retirase con las tropas, poco menos que inútiles, á Saint-Cloud, donde esperaba poder reunir presto hasta sesenta mil hombres, con los cuales y con la cooperación de la guardia nacional, que entretanto se había cansado de la anarquía, pensó recuperar la capital. El rey, el día anterior tan sereno y animoso, no sabía ya qué partido tomar y no hacía más que pasar á cada instante á la estancia contigua para oír la opinión de su esposa y de MM. Guizot y de Broglie, que allí estaban, hasta que por fin decidióse antes de huir á probar la actitud en que se hallaba la guardia nacional, reunida delante del palacio. Salió al balcón; pero en lugar de dar vivas al rey, los dieron á la reforma. «Concedida está,» les gritó el rey; pero el aspecto adusto y hasta siniestro de aquella fuerza que tantas veces había vertido su sangre en defensa de su trono y del orden, le espantó y le hizo entrar apresuradamente otra vez en el interior de su palacio. En este instante, M. Cremieux, diputado de la izquierda, solicitó ser recibido, y admitido en seguida á presencia del rey, dijo que aún quedaba alguna esperanza; el pueblo no quería ni á M. Thiers ni á M. Bugeaud, pero un ministerio Barrot y el anciano mariscal Gerard apaciguarían los ánimos y restablecerían el or-



Luis Felipe saliendo de las Tullerías el 24 febrero de 1848

den y la paz. «Ya lo sabéis, dijo el rey á M. Thiers, ahora os toca la impopularidad.» Se extendieron dos documentos, pero no llegaron á ser firmados porque vinieron nuevas noticias, entre ellas la peor de todas, la de haberse pasado diferentes cuerpos de tropa á los sublevados, lo cual no dejaba ya más salida que la abdicación para salvar siquiera el trono al nieto del rey, el conde de París, heredero presunto. Nemours se encargó de participar esta opinión á su anciano padre, que la aceptó sin dificultad y muy resignado. Nemours, á quien tocaba la regencia durante la menor edad de su sobrino, le dijo entonces que en atención á las ningunas simpatías que le tenía el pueblo, sería preferible nombrar regente á la duquesa de Orleans, madre del conde de París, y al oírlo vaciló Luis Felipe, y la duquesa se arrojó con sus hijos á sus pies suplicándole que no abdicara, «porque, decía, la corona es demasiado pesada para nosotros y sólo V. M. tiene la fuerza necesaria para llevarla.» Entre tanto la reina desfoga su ira en invectivas, y en la antesala se oyeron, por la puerta entreabierta, voces de «¡Abdicar, abdicar!» La escena fué patética y llegó al extremo cuando M. Emilio de Girardin, sin cuidarse de la etiqueta, penetró en la estancia y manifestó al rey sin preámbulos la necesidad de abdicar sin dilación. A punto de hacerlo, dejó caer el rey otra vez la pluma escuchando las súplicas contrarias de la reina y de M. Bugeaud; pero su hijo Montpensier le puso otra vez la pluma en la mano y el rey extendió y firmó su abdicación; hecho lo cual abandonó con los suyos el palacio, á excepción de la duquesa de Orleans con sus hijos y su cuñado Nemours, para salvar el trono, á su hijo y la dinastía. Los fugitivos, en coches de alquiler y escoltados por una sección de coraceros, llegaron á Saint-Cloud.

A haberse demorado algo más, habría sido tarde. La lucha encarnizada en el Chateau d' Eau, lucha que tampoco el popular mariscal Gerard había logrado hacer cesar, había concluído á la una de la tarde, sucumbiendo sus heroicos defensores casi hasta el último hombre, ya por las balas y bajo los golpes del pueblo, ya en las llamas del edificio incendiado; setenta y dos hombres de tropa y doscientos ochenta y nueve del pueblo habían muerto en la pelea, sin contar los heridos; y una vez caído este punto, se derramaron los vencedores sin encontrar obstáculo por el palacio real y las Tullerías. El populacho, ebrio de sangre y de vino, saqueó y devastó bárbaramente estos edificios, y el trono fué arrastrado hasta la plaza de la Bastilla y quemado al pie de la columna de la Libertad.

El huracán de la revolución se llevó la regencia de la duquesa de Orleans, y lo mismo habría pasado si hubiese estado, como mandaba la ley, á cargo del duque de Nemours, porque los republicanos moderados, que quizás la habrían admitido, ya que no creían llegada todavía la hora de la república, no eran escuchados ya por la multitud. Los redactores de *La Reforme*, MM. Ledru-Rollin, Caussidière y demás eran los que dirigían á la sazón las masas, y para ellos era cosa decidida la disolución de la cámara de diputados y la proclamación de la república desde el instante en que se vieron dueños del palacio del ayuntamiento. A ellos



La duquesa de Orleans en la Cámara de diputados

se agregaron los republicanos moderados, para no verse preteridos y poder influir en los sucesos posteriores, y con tal propósito redactaron en las oficinas de su periódico el *National* una lista de los hombres que debían formar gobierno provisional, lista que fué modificada por los republicanos de la *Reforme*. Algunos jefes de este partido llamaron aparte á M. Lamartine á su entrada en el Palacio de Borbón, donde celebraba el Parlamento sus sesiones, y le ofrecieron la presidencia de la república; y pocos instantes de reflexión bastaron para que la vanidad, ó como él decía, una iluminación del cielo, vencieran sus escrúpulos monárquicos y le hicieran aceptar el cargo de primer magistrado de la nación. M. Caussidière, sentenciado en 1835 por conspirador á veinte años de presidio y amnistiado después, fué nombrado prefecto de policía; M. Esteban Arago obtuvo el cargo de director de Comunicaciones, y M. Garnier-Pagés se instaló, de su propia autoridad, como alcalde republicano de París en el palacio del ayuntamiento.

El duque de Nemours había dejado á su cuñada, con sus hijos, en el pabellón Marsán del palacio, para ver si conseguía reunir dos regimientos que sabía se mantenían adictos á la dinastía. M. Barrot había buscado á la duquesa para conducirla al palacio del ayuntamiento y presentarla allí al pueblo como regente, pero no la había encontrado. En cambio la encontró M. Dupin, que no pudiendo ya conducirla por falta de carruaje á Saint-Cloud para reunirla con su familia, se decidió á llevarla á la Cámara de diputados para hacer proclamar allí á su hijo, el conde de París, rey de los franceses, y á la duquesa regente. Al llegar allí á la una y media, ambos fueron aclamados por la guardia nacional que guardaba aquel edificio, adonde se habían retirado también MM. Thiers y Bugeaud. A su entrada en la sala se levantaron de sus asientos todos los presentes como un solo hombre y la aclamaron con vivas. Entretanto había llegado también Nemours, que se colocó de pie al lado de la duquesa, y M. Dupin, empujado por sus amigos á la tribuna, comunica á la asamblea la abdicación del rey á favor de su nieto con su madre por regente. La cámara estuvo conforme, pero su aprobación no pudo ser oída por las voces y el tumulto que produjeron una multitud de guardias nacionales y otros individuos que fueron penetrando en la sala. El presidente M. Sauzet perdió completamente los estribos en medio de la confusión. Levántase entonces M. Lamartine, se restablece el silencio como por encanto y el orador pide que se suspenda la sesión hasta que se hayan retirado la duquesa y su hijo, que efectivamente van á sentarse en el último banco. Esto fué el golpe de gracia dado á la monarquía de 1830, porque apenas hubo cesado la pequeña interrupción, cuando el diputado M. Marie, fundándose en la violación de la ley de regencia con la designación de la duquesa para este cargo, propuso el nombramiento de un gobierno provisional. M. Cremieux aplaudió la idea y también la aplaudió el público que había penetrado en la sala y ocupaba las tribunas. M. Odilón Barrot, más varonil y más consecuente y rígido que M. Lamartine, había rechazado todos los ofrecimientos que los republicanos le habían

hecho también; como ministro nombrado por Luis Felipe todavía, si bien á última hora, defendió los derechos de su nieto y de la duquesa, y esta misma trató de hablar, pero nadie les oyó; nuevas turbas invadieron el salón gritando: «¡Abajo la monarquía!» varios oradores se disputaban la tribuna, y el presidente, impotente para dominar el tumulto, se cubre. Finalmente consigue hacerse oír M. Ledru-Rollin, y dilatando intencionadamente su discurso para dar tiempo á que se restablezca el silencio, propone que se nombre un gobierno provisional, no por la Cámara, sino por el pueblo, representado por una asamblea convocada expresamente á este fin. M. Lamartine aprueba la idea, pero entonces la multitud de fuera fuerza la puerta é inunda el salón gritando: «¡Fuera Cámara, fuera diputados!» Eran secciones de las diferentes sociedades secretas, avisadas por M. Esteban Arago de la recepción favorable que la Cámara había dispensado á la duquesa de Orleans. Uno de la turba apuntó á la tribuna, que ocupaba todavía M. Lamartine; pero á tiempo le avisó una voz gritando: «¡Cuidado, que es Lamartine!» y se salvó el presidente presunto de la República, que se dió prisa á salir de allí, seguido en breve por la mayoría de los diputados. Entonces el anciano M. Dupont de l'Eure (1) fué conducido al sillón de la presidencia, y después de un corto exordio para restablecer el silencio y el orden, leyó una lista de nombres para formar un gobierno provisional. En seguida se levantó M. Ledru-Rollin y dirigiéndose á la multitud dijo: «Acaban de protestar algunos contra esta lista. No es fácil nombrar así á la ligera un gobierno provisional; con permiso de la Cámara iré diciendo los nombres que al parecer tienen á su favor los votos de la mayoría. A medida que los cite, se aprobará ó desaprobará su elección contestando *sí* ó *no*.» De esta manera fueron aclamados M. Dupont para presidente y luego como ministros MM. Francisco Arago, el matemático y astrónomo, Lamartine, Ledru-Rollin, Garnier-Pagés, Marie y Cremieux, que fueron acompañados en triunfo por la muchedumbre al palacio del ayuntamiento. Allí habían instalado ya otro gobierno los hombres de la *Reforme*, con idéntico derecho que la multitud que había invadido la Cámara de diputados; pero habiendo buena voluntad y patriotismo por ambas partes, se arregló el asunto confirmando á MM. Caussidière y Esteban Arago en los cargos que ellos mismos se habían concedido; el obrero Albert fué nombrado ministro sin cartera en calidad de figurante para contentar á su clase, y MM. Luis Blanc, A. Marrast y Flocón fueron nombrados secretarios, si bien no tardaron en cobrar la misma autoridad que los demás miembros.

El nuevo gobierno, no teniendo tiempo que perder, pues el pueblo quería saber á qué atenerse, se puso á trabajar acto continuo; pero las masas soberanas que llenaban todas las estancias, corredores y escaleras del vasto edificio, pedían á gritos la proclamación de la República, y en vano el gobierno solicitó un plazo, aunque fuera corto, para reflexionar sobre cosa tan ardua y trascendental; tres

(1) Contaba á la sazón ochenta y un años.

veces cambió de aposento para estar solo, siempre temiendo ser atropellado á cada instante por los insurrectos impacientes, contra los cuales se estrelló hasta la elocuencia de M. Lamartine. Redactáronse proclamas, una tras otra, cada una algo más avanzada que la anterior, porque los hombres que pocas horas antes tenían convicciones sinceramente monárquicas repugnaban arrojarse á ciegas y tan precipitadamente á la mar de la república, cuya extensión nadie podía fijar y hacia la cual empujaban sin cesar MM. Ledru-Rollin y Luis Blanc y tras ellos el pueblo. Sólo la voz república tenía la fuerza mágica para contentar y tranquilizar al pueblo vencedor, y á ella se había de venir á parar forzosamente. Así se hizo adoptándose la fórmula propuesta por M. Cremieux, que conciliaba todos los extremos, y fué proclamada al instante, siendo ya las diez y veinte minutos de la noche. Decía así esta fórmula: «El gobierno provisional quiere la República, salvo la aprobación del pueblo, que será consultado sin demora.»

Al salir precipitadamente del salón de la Cámara de diputados la duquesa de Orleans perdió á su cuñado Nemours y á sus hijos en el laberinto de los pasillos y aposentos, y habiendo encontrado al diputado M. Las'eyrie, se dejó conducir por éste al palacio de los Inválidos. El conde de París pudo ser arrancado á tiempo de manos de un salvaje que iba á estrangularlo, y fué llevado al lado de su madre; á su hermano menor encontró y salvó un portero, y habiéndose convencido la duquesa de que toda esperanza era ilusoria, huyó con sus hijos á Bélgica, muy á tiempo para no ser detenida y puesta en prisión. Su cuñado Nemours, valiente y caballero, permaneció todavía algunos días en París antes de ponerse también en salvo. Luis Felipe con los que le acompañaban despidió su escolta y se trasladó de Saint-Cloud á Trianón, donde alguien le vió arrimado á un árbol con la mano en la frente, exclamando con voz oprimida: «¡Peor, mil veces peor que Carlos X!» Pero no había tiempo de entregarse á lamentaciones. Antes de salir de Francia pasó el rey con su esposa á Dreux para llorar sobre la tumba de su hijo, mientras los demás se dirigieron á la frontera más próxima. En Dreux supieron los reyes la proclamación de la República, y el recuerdo de la guillotina en que había muerto su padre les aconsejó ponerse en salvo cuanto antes. El pobre anciano y su esposa, bien ó mal disfrazados, se dirigieron á la costa, donde estuvieron ocultos hasta que el mar permitió el embarque y la travesía, que fué el 2 de marzo, día en que llegaron los viajeros á Southampton. Ya en el hospitalario territorio inglés, la familia real destronada estableció su morada en el palacio de Clermont, propiedad del rey de los belgas. Allí murió Luis Felipe en 26 de agosto de 1850. Sus hijos Joinville y Aumale, tan pronto como supieron lo ocurrido, dimitieron sus respectivos cargos, aquél de almirante y éste de gobernador general de Argelia.

Esta revolución de 1848 no fué en el fondo más que un atrevido y extemporáneo golpe de mano de una turba de conspiradores, sin necesidad apremiante, como la que había en 1789 cuando el pueblo gemía bajo el peso abrumador de los impuestos y del despotismo. La nación gozaba de orden, de paz, de bienes-

tar y de libertad, y si deseaba reformas, no pensaba ni remotamente en lograrlas por medio de un cataclismo y un trastorno brutal y general. Si la revolución trascendental pudo realizarse á pesar de esto, fué debido por un lado al ejército formidable que la clase obrera podía poner á cada instante á disposición de unos cuantos corifeos republicanos, desde que París se había hecho en los últimos decenios la principal ciudad manufacturera de Francia, y por otro lado, á la indignación producida por la profunda é incurable corrupción del gobierno y por la falsedad y obstinada y ciega resistencia ribeteada de tendencias absolutistas del rey.